

LA EXPERIENCIA DE PARO

Enric Sanchis

Universidad de Valencia

(pp. 4 - 14)

Dirección electrónica: <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=765910>

(...)

PARO SIN ESTADO DE BIENESTAR

A principios de los años treinta, un grupo de profesores e investigadores de la Universidad de Viena, encabezado por Paul Lazarsfeld, se puso en contacto con el dirigente socialista Otto Bauer para presentarle un proyecto de investigación sobre cultura, estilo de vida y usos del tiempo libre del proletariado austríaco. El interés por este tipo de cuestiones venía determinado, entre otros factores, por los cambios que el movimiento de reforma socialista de la época había comenzado a introducir tímidamente en la vida cotidiana de los trabajadores: aparición de las primeras bibliotecas populares, creación de ateneos culturales y artísticos de todo tipo, construcción de las primeras viviendas sociales, reforma educativa, etc., que permitieron a muchos trabajadores escapar de alojamientos miserables, acceder a la lectura, a la música, al teatro o disfrutar de la naturaleza. La indignada reacción de Bauer (¡estudiar el tiempo de ocio en un país que desde hace años sufre un paro cada vez mayor! ¿Por qué no estudiar las consecuencias del paro de larga duración?) provocó un replanteamiento radical del proyecto, que acabó siendo modestamente financiado por el Partido Socialista y los sindicatos y dio lugar al nacimiento de la sociología del paro.

Relativamente cerca de Viena estaba Marienthal: un pueblecito de mil quinientos habitantes que había nacido un siglo antes a la sombra de una fábrica textil. Se trataba de la típica colonia industrial que dependía de un solo empleador y que contenía todos los elementos característicos del capitalismo paternalista. Durante cien años la población se desarrolló al amparo de la fábrica, con sus momentos buenos y malos, sus períodos de esplendor y sus conflictos sociales. Siempre tuvo una vida social y política muy activa, con sus sindicatos, partidos políticos y asociaciones obreras de todo tipo.

A mediados de 1929, tras unos años de reestructuraciones y ampliaciones, se produjo el inesperado desplome de la fábrica. Poco tiempo después la empresa cerraba definitivamente y sólo quedaron trabajando en ella unos sesenta obreros dedicados a su demolición. Marienthal fue el lugar elegido por el grupo de estudiosos para llevar a cabo, entre finales de 1931 y buena parte de 1932, una investigación pionera que se publicó un año después (P. Lazarsfeld y otros, 1996) y que continúa siendo referencia obligada para la sociología y psicología social del desempleo. Así lo demuestra su reedición en alemán en 1960 (la primera edición fue quemada por los nazis) y su traducción a varios idiomas a partir de los años setenta. En *Los parados de Marienthal* se refleja el impacto devastador de la Gran Depresión sobre este municipio, que también afectó a toda Austria (F. Weber, 1986). Pero

además de recordar lo obvio deben resumirse las conclusiones más importantes de aquella investigación.

El paro era virtualmente absoluto, pues sólo ochenta personas conservaban su empleo. Más de tres cuartas partes de las familias dependían del subsidio de desempleo, que no había sido concebido para hacer frente al paro de larga duración. Para cobrarlo había que demostrar haber trabajado anteriormente y que la pérdida del salario amenazaba gravemente el mantenimiento del nivel de vida. Su cuantía, que se iba reduciendo con el tiempo, no podía superar el 80% del salario, y su duración máxima variaba entre veinte y treinta semanas. Tras su agotamiento estaba prevista una ayuda de urgencia aún menor que se concedía discrecionalmente durante un período de tiempo que podía durar desde veintidós a cincuenta y cinco semanas. Luego, nada.

Todo el mundo sabía que sólo de los subsidios era imposible vivir y procuraba completarlos mediante estrategias variopintas: agricultura de autoconsumo, pesca y caza furtivas, búsqueda de carbón en la vía del tren... La población de perros y gatos domésticos disminuyó, aunque la carne de perro ya era consumida antes de que llegara el paro, porque los salarios tampoco daban para demasiadas alegrías. Pero en general las actividades ocasionales estaban reservadas implícitamente para quienes no cobraban los subsidios, bien por solidaridad, bien porque cualquier trabajo llevaba consigo la posibilidad de perderlos. Y según pasaba el tiempo y la situación se deterioraba, las denuncias anónimas relacionadas con actividades no declaradas desarrolladas paralelamente a la percepción de los subsidios, en particular las injustificadas, crecieron considerablemente: "He aquí algunos casos típicos que han supuesto la supresión de los subsidios: un obrero que ha ayudado a cortar árboles a cambio de una cierta cantidad de madera para la calefacción; una mujer que vende leche y que se ha quedado con una parte para sus hijos; un hombre que ha ganado algo de dinero tocando la armónica".

Así pues, en una situación caracterizada por el raquitismo o la inexistencia de los dispositivos de seguridad social, la experiencia de paro significaba, en primer lugar, una grave reducción del nivel de vida y aun la caída en un estado de pobreza absoluta. Esta situación se hacía más penosa a medida que el tiempo transcurría, se agotaban las ayudas públicas y se iba deteriorando el ajuar doméstico. La preocupación creciente de las familias de Marienthal por los zapatos de los niños, cuya reposición entraba en competencia con el presupuesto de alimentación, es todo un indicador de las estrecheces que había que soportar. Había niños que no podían ir a la escuela porque no tenían zapatos y otros a los que se les prohibía salir a correr o a jugar para que no los estropearan todavía más; lo que me recuerda inevitablemente los vergajos que recibía Albert Camus (1994: 74) de manos de su abuela en su infancia argelina, unos diez años antes, cuando volvía a casa con los zapatos rotos por haber jugado al fútbol contraviniendo la orden tajante de no hacerlo.

La salud física, lógicamente, acababa acusando la penuria económica, aunque en este dominio no dejaron de producirse algunos hechos paradójicos: como las condiciones de trabajo eran muy malas, muchos obreros, entre los que la incidencia de la tuberculosis era altísima, vieron cómo su estado de salud mejoraba durante los primeros meses de paro, ya que sus pulmones dejaron de estar expuestos a un trabajo peligroso y disponían de más tiempo para respirar el aire del campo. Pero poco a poco la resistencia física se iba

agotando, y entre los niños y los adolescentes eran evidentes las consecuencias de la mala alimentación y de la falta de higiene. Según un informe médico que no incluía a la parte más desfavorecida de la población, sólo un 16% de los niños presentaba un estado general bueno, frente a un 33% malo y un 51% mediano. A juicio de los investigadores parecía existir una estrecha relación entre esta situación y el nivel de ingresos familiares (y por tanto el paro).

Pero todo esto resulta hasta demasiado obvio. Si queremos entender qué significa la experiencia de paro en la actualidad, debemos prestar particular atención a sus consecuencias no económicas. El paro provocó cambios importantes en la vida de Marienthal, que daba la impresión de estar dominada por una "aburrida indiferencia"; allí vivían personas que se habían "habitado a poseer menos, a ser menos emprendedoras, y a esperar menos de lo que ha sido considerado necesario para una existencia normal". Las actividades de los habitantes de Marienthal se vieron afectadas por un declinar general que se podía apreciar, por ejemplo, en el deterioro del parque público, en otro tiempo exquisitamente cuidado y ahora, cuando todo el mundo podría ocuparse de él, absolutamente abandonado; en la drástica reducción del número de préstamos de la biblioteca municipal, del interés por la política y, más en concreto, de los afiliados a organizaciones políticas (lo que por otra parte no había impedido la reciente formación de un grupo nacional-socialista). Una de las cuestiones que interesaban a los patrocinadores del estudio era la de saber hasta qué punto la crisis aceleraría la toma de conciencia de los trabajadores haciendo más vulnerable el sistema capitalista. En realidad el paro masivo produjo el efecto contrario al esperado por los socialistas más radicales, lo que pone al descubierto la endebles del razonamiento de quienes, en la actualidad, cuestionan la fiabilidad de los datos del paro aduciendo que si fueran ciertos la conflictividad social sería mucho mayor: el paro lleva a la resignación, no a la revolución.

Una de las cosas que más llamó la atención de los investigadores fue la sensible degradación de la percepción del tiempo entre los hombres en paro: eran incapaces de explicar de manera coherente lo que hacían durante el día. Su única ocupación casi regular era la recogida de leña, la agricultura de autoconsumo y la cría de conejos; esto les ocupaba muy poco tiempo, el resto era tiempo muerto, vacío, caracterizado por la ausencia total de una ocupación con sentido. La utilización más frecuente del tiempo por parte de los hombres consistía en *no hacer nada*, y pasarse todo el día en casa sin hacer nada lo encontraban insoportable (algunos llegaban a afirmar que en el frente, durante la guerra, no lo pasaron peor). Se daba así la aparente paradoja de que el escaso tiempo libre de que disfrutaban aquellos hombres cuando tenían un empleo era incomparablemente más rico y animado que las largas horas de ocio que tenían ahora a su disposición. A la vez que el empleo perdieron toda posibilidad material y psicológica de utilizar el tiempo libre: "*desde que estoy en paro casi no leo. La cabeza no me da para eso*". Por el contrario, las mujeres no perdieron la noción del tiempo; se lo impidió el trabajo doméstico que, con sus obligaciones y funciones regularmente establecidas, les proporcionó puntos de referencia y un sentido a su vida cotidiana. Sin embargo, consideraciones económicas al margen, la mayoría de ellas echaban de menos el trabajo en la fábrica, porque les permitía no vivir encerradas entre cuatro paredes y acceder a relaciones sociales más ricas, variadas y satisfactorias.

De los cuestionarios, relatos biográficos y otras fuentes, se dedujeron cuatro maneras distintas de vivir el paro y las casi quinientas familias de Marienthal fueron adscritas a una de esas cuatro categorías: 1) *Estables*: actitud activa, alegría de vivir, proyectos y esperanza en el futuro, búsqueda de trabajo (23%). 2) *Resignados*: sin proyectos ni esperanza en el futuro, ambiciones limitadas, relativo sentimiento de bienestar (69%). 3) *Desesperados*: depresión, falta de perspectivas, no intentan mejorar la vida cotidiana, ya no buscan empleo, comparación incesante con la situación anterior (2'3%). 4) *Apáticos*: indolencia, ausencia de todo tipo de proyectos incluso a corto plazo, desorganización familiar y de la vida doméstica (5'3%).

El rasgo dominante era, pues, la resignación, la falta de proyectos, la autolimitación creciente hasta de los deseos corrientes, una parálisis progresiva fruto del fatalismo y la falta de perspectivas más que de la miseria material. Se encontró una correspondencia directa entre estas categorías y el nivel medio de ingresos familiares, que se iban reduciendo al pasar de la primera a la cuarta. Esto llevó a sospechar que en realidad no se trataba de cuatro categorías diferentes, sino de estadios sucesivos de un declinar psíquico paralelo a la reducción de recursos y reservas. El último era el de la desesperación y la ruina. Los habitantes de Marienthal, en particular los de edades intermedias, fueron olvidando poco a poco sus tradiciones obreras y profesionales y acabaron autodefiniéndose como miembros de la categoría de parados, es decir, interiorizando el hecho de ser parados como una marca de pertenencia a un grupo social específico.

Lazarsfeld y su equipo fueron a Marienthal a hacer una investigación científica y salieron de allí con un único deseo: que jamás se repitan las trágicas circunstancias que la hicieron posible.

La extrapolación de las conclusiones de este trabajo pionero a la situación actual debe hacerse con todas las cautelas. Primero porque lógicamente sólo se estudió el paro obrero. Segundo porque Marienthal era una comunidad relativamente cerrada y sumida en un paro absoluto; en otro contexto es posible que aquella experiencia hubiese sido interiorizada de manera distinta, no necesariamente menos dramática. Tercero porque todo lo que pasó estuvo fuertemente marcado por el grave deterioro de las condiciones materiales de existencia, lo que hoy no suele ser el caso. Para pasar de aquella experiencia a la actual disponemos de un puente excelente: la fecunda trayectoria investigadora de Marie Jahoda, que se encargó de la redacción final del informe sobre Marienthal y que cincuenta años después (1987) publicó un libro comparando el paro de los años treinta con el de los años ochenta.

Apoyándose tanto en su propia experiencia como en otras investigaciones de la época y en relación con las consecuencias no directamente económicas del desempleo, Jahoda señala las siguientes: 1) Pérdida de la estructura temporal habitual, que constituye un importante problema psicológico para la enorme mayoría de los desempleados y les impide utilizar el tiempo de forma más satisfactoria. 2) Sentimiento de carencia de objetivos, de ser un inútil que no le hace falta a nadie. 3) Sentimientos de exclusión, inseguridad y vergüenza; relativo aislamiento social que no se ve compensado por la vida familiar, porque ésta es un complemento y no un sustituto de otras relaciones sociales más amplias, como ocurre con la relación entre empleo y ocio. Y 4) Pérdida de *status* y de identidad (de la imagen que se

tiene de uno mismo). A nivel más general, diversos estudios señalaron que el rendimiento escolar de los niños disminuía al quedarse sus padres sin empleo, especialmente entre aquellos cuyo rendimiento solía ser alto. Y, en otro orden de cosas, “los desafortunados sucesos políticos de Austria demostraron que el desempleo masivo puede tener consecuencias políticas desastrosas. Cuando Hitler invadió Austria en 1938, grandes sectores de la población, entre los que se incluía la población de Marienthal, le dieron la bienvenida. [...] Casi cincuenta años más tarde la gente de Marienthal explicaba sin tapujos que habría apoyado a cualquiera que les hubiera dado un empleo; el compromiso ideológico carecía de relevancia en sus vidas”. A principios de los años treinta el 80% del censo electoral de Marienthal había votado a los socialdemócratas.

PARO CON ESTADO DE BIENESTAR

Sostiene Jahoda que, desde una perspectiva socio-psicológica, hay que preguntarse si las experiencias de los años treinta están reproduciéndose realmente en los años ochenta, ya que desde entonces se han producido cambios importantes tanto en el contexto en que se desenvuelve el paro como en el que se desempeña el empleo. Se refiere, en primer lugar, a la mejora sustancial del nivel de vida de todos los ciudadanos de los países industrializados, incluyendo a los desempleados: “Es indudable que, en la actualidad, el desempleo sigue ocasionando dificultades económicas a la mayoría de los individuos y sus familias. Pero mientras hace medio siglo los desempleados sufrían una experiencia de privación absoluta, en la actualidad esa experiencia es de privación relativa”. En segundo lugar, el significativo aumento de la escolarización de las nuevas generaciones de trabajadores. Siendo un hecho comprobado que el nivel de aspiraciones crece con el nivel educativo, podemos preguntarnos cómo afecta este hecho a la experiencia de paro al comienzo de la vida activa. A falta de evidencia empírica, Jahoda concibe dos situaciones posibles, en cierto modo opuestas: “Por una parte, el desempleo puede ser más difícil de sobrellevar psicológicamente si viene a frustrar grandes expectativas; por otra parte, aquellos que gozan de un mejor nivel educativo pueden haber desarrollado unos recursos propios y adquirido unos horizontes más amplios que les ayuden a mitigar algunas de las consecuencias psicológicas del desempleo”. En tercer lugar, también ha aumentado enormemente el conocimiento que se tiene del modo de vida de otras personas, en particular gracias a la televisión, lo que “debe haber ejercido alguna influencia sobre el nivel de aspiraciones materiales de muchos y haberse convertido en un patrón con respecto al cual juzgar su propia experiencia de privación relativa”. Por el contrario, Jahoda cuestiona la supuesta crisis de la ética del trabajo en la actualidad y por tanto que, desde este punto de vista, la experiencia de paro sea menos traumática: “aún queda por aclarar si la ética del trabajo que prevalece en nuestros días es fundamentalmente diferente de la que existía en los años treinta”.

Es obvio, por otra parte, que la primera referencia con la que cuenta un parado para evaluar su situación actual es su experiencia vital en el empleo que ha perdido, por lo que parece razonable pensar que una cosa no puede discutirse sin tener en cuenta la otra. Y el hecho cierto es que hay una bolsa enorme de empleos degradados y degradantes, que se llevan a cabo bajo condiciones que los hacen todavía más penosos, que son psicológicamente destructivos y cuyo desempeño tiene consecuencias negativas incluso sobre la vida

extralaboral de los trabajadores. En estas circunstancias, varias preguntas se formulan solas: ¿las diversas patologías sociales existentes en la actualidad se explican mejor en relación a las tasas de paro o a las condiciones de empleo?; ¿no puede ser vivida la experiencia de paro como una liberación, en particular cuando se tiene garantizado cierto nivel de vida?; ¿por qué, aun bajo este supuesto, la mayoría de los parados desean volver a trabajar?; ¿por qué tantos obreros industriales, incluyendo los no cualificados, no pueden ocultar su orgullo por el duro trabajo que hacen? En última instancia, todas estas preguntas se resumen en una: ¿si la experiencia de empleo es muchas veces objetivamente negativa, debe serlo necesariamente la experiencia de paro?

La respuesta de Jahoda no dista demasiado de la afirmación rotunda, y llega a ella a través de su modelo teórico de la *privación*. En el mundo moderno (y esto ha cambiado poco en dos siglos) el empleo es en primer lugar la institución mediante la cual la inmensa mayoría de la gente se gana la vida. En segundo lugar, proporciona cinco *categorías de experiencia particulares*: “imponer una estructura temporal al día; ensanchar el campo de las relaciones sociales más allá de las relaciones familiares, que a menudo llevan una gran carga emocional, y del vecindario más inmediato; demostrar, gracias a la división del trabajo, que los propósitos y las realizaciones de una colectividad trascienden a los objetivos individuales; conceder un *status* social y clarificar la identidad personal, y establecer la obligación de realizar una actividad regular”. Tales categorías de experiencia pueden vivirse de manera gratificante o frustrante, pero el problema no es tanto éste cuanto que corresponden a necesidades más o menos enraizadas en la mayoría de la gente y que al perder el empleo se pierde también la posibilidad de satisfacerlas. Ello explica que un parado pueda acabar echando de menos hasta a los compañeros que no podía soportar. Pues bien, “La comparación de los datos de los que se dispone sobre la situación de hace medio siglo y la situación actual sugiere que esas necesidades persisten, por lo que [...] *la carga psicológica impuesta por la falta de las categorías de experiencia que el empleo proporciona es equiparable en ambos períodos*” (cursiva mía). Lo cual significa que el sufrimiento psicológico a que se ve sometido un parado no desaparecería totalmente si las prestaciones por desempleo mejoraran (en caso contrario, lógicamente, el parado se encontraría con un nuevo problema).

Prescindiendo de los efectos directamente económicos, ¿en qué medida se ve afectada la calidad de vida del parado por esta experiencia de privación? Jahoda responde a esta pregunta alejándose tanto de la generalización simplista como de la casuística individual para centrarse en cuatro grupos específicos de personas cuyas experiencias en el empleo y en el paro presentan importantes similitudes: los jóvenes que acaban de terminar los estudios secundarios, las mujeres, las minorías étnicas (en particular los negros) y el personal directivo y profesional. Dejando aparte los grupos étnicos, veamos cómo afecta el paro a los demás. Por lo que se refiere al primero, “Las consecuencias psicológicas del desempleo juvenil más frecuentemente descritas en los trabajos que se han realizado hasta el momento son el aburrimiento, la inactividad y la falta de objetivos, mientras que los contactos sociales aparentemente se mantienen con más facilidad entre las personas de ese grupo de edad que entre los desempleados de mayor edad”. Parece que es a los parados jóvenes a quienes más afecta el no saber qué hacer con ellos mismos. A juicio de Jahoda, el aspecto social más peligroso del paro contemporáneo es posible que esté representado por la situación psicológica de estos jóvenes a los que se ha privado de una forma normal de

transición a la edad adulta. En cuanto a las mujeres, el beneficio fundamental que les reporta el empleo es de tipo psicológico. Muchas conocen los efectos depresivos de vivir aisladas, sin un *status* personal ni una identidad social, aunque se mantengan en plena actividad dedicadas al trabajo doméstico. Las mujeres asocian al empleo (y por tanto al desempleo) un significado que va más allá de la obtención de unos ingresos. En estudios al respecto llevados a cabo en Estados Unidos, el empleo era considerado una fuente de autoestima y apoyo social antes que de estrés, y sus efectos positivos “eran más acusados entre las mujeres que tenían un nivel educativo bajo y que, posiblemente, ocupaban puestos de trabajo escasamente cualificados”. No obstante sigue siendo cierto que el paro no les afecta psicológicamente tanto como a los hombres, ya que tienen la alternativa de refugiarse en el *rol* tradicional de ama de casa (aunque esta alternativa es cada vez menos aceptable, pues el “gran número de amas de casa que necesitan tomar tranquilizantes para pasar el día o que se dedican a beber pone de manifiesto la situación de estrés a que se ven sometidas por el desempeño de ese *rol*”). La única carga psicológica que les afecta más que a los hombres es la falta de contactos sociales que proporciona el empleo.

El caso de los ejecutivos y profesionales es especialmente interesante. Menos tocados por el paro, son también cada vez menos inmunes al mismo; su nivel económico no suele resultar afectado y muchas veces la posición de paro queda enmascarada por indemnizaciones o prejubilaciones generosas. Por tanto, la reacción de este colectivo es clave para comprender el impacto psicológico del paro. Según Jahoda, en este ámbito la casuística es muy variada, por lo que resulta arriesgado hacer generalizaciones. En todo caso, entre las reacciones también se da una positiva en la que el desempleo se experimenta como una liberación de un puesto de trabajo opresivo; y es en este grupo donde se registra una mayor consciencia de pérdida de *status*.

En general, Jahoda considera que la privación de las categorías de experiencia que conlleva el paro tiene consecuencias más destructivas que las experiencias negativas que se dan en dichas categorías bajo algunas condiciones de empleo; y que contamos con datos suficientes para asumir que la experiencia de paro en la actualidad tiene muchos puntos comunes con la de los años treinta. Cuando el paro se prolonga más allá de unas cuantas semanas, pueden darse varios tipos de respuesta. Es posible que los parados proyecten la frustración correspondiente sobre sí mismos o sobre sus familias, que se adapten al desempleo de forma gradual o que encuentren medios alternativos de satisfacer sus necesidades; también es posible que se rebelen de forma organizada contra su destino o que la frustración y el sentimiento de hostilidad se descarguen en estallidos esporádicos de violencia. “Los mismos individuos pueden dar respuestas diferentes al desempleo en distintos momentos de su experiencia del mismo”.

El primer tipo de respuestas tiene un carácter destructivo desde el punto de vista psicológico y es particularmente pernicioso desde una perspectiva social. “La confianza en uno mismo puede verse minada cuando se fracasa repetidamente en la búsqueda de un puesto de trabajo”. La adaptación (respuesta dominante durante los años treinta) es la actitud que adoptan, entre otros, los trabajadores desanimados que han dejado de buscar un empleo. Algunas de estas personas “han llegado incluso a mostrarse satisfechas con un modo de vida dependiente de la asistencia social, y no sólo han renunciado a seguir buscando un puesto de trabajo, sino que también han dejado de tener el deseo de

incorporarse al mundo del empleo”. Las consecuencias sociales de esta actitud son particularmente serias cuando se tiene familia a cargo, ya que éste va a ser casi inevitablemente el modelo de conducta que se transmitirá a los hijos para que lo emulen. Más que la revolución (la que menos posibilidades tiene de darse en la práctica), otra respuesta posible es la revuelta violenta, muchas veces instrumentalizada y organizada por grupos de extrema derecha, como es el caso de las explosiones de xenofobia y racismo contra inmigrantes y minorías étnicas. Jahoda concluye su libro, publicado originalmente en 1982, preguntándose qué tipo de respuesta será el que predomine durante los años ochenta y sospechando que la resignación y la apatía no estarán tan extendidas como en los años treinta, aunque seguirán siendo la respuesta de muchos.

Veinte años después, uno siente la tentación de decir que algunos de los temores de Jahoda se han confirmado. Así, el corrimiento de parte del voto comunista hacia el Frente Nacional en Francia, la carrera política de Silvio Berlusconi en Italia o de Jorg Haider en Austria, el rebrote nazi en Alemania, los episodios de caza al moro en ciertos puntos de la geografía española o la violencia juvenil que de tanto en cuanto arrasa algunas zonas urbanas en diversos países desarrollados. Sería poco riguroso, sin embargo, atribuir todos estos fenómenos directamente al paro masivo y no tener en cuenta la posible incidencia de otros factores, como la incompetencia de los partidos políticos democráticos para canalizar las angustias de la ciudadanía (no sólo de los parados) hacia objetivos menos estúpidos, o el sesgo que va tomando la mundialización de la economía bajo la dirección del capital especulativo internacional. En todo caso, la cuestión es si el modelo de la privación conserva su potencial explicativo.